

1464 OVNIS

NO sé si será casualidad o si se trató de un aluvión de asociaciones motivado por la reiterada presencia de Objetos Volantes No Identificados en los cielos andaluces, el caso es que últimamente parece que se acrecienta el interés de nuestros estudiosos por tan apasionante tema, reclamando la atención de los medios informativos. Noticias de reuniones y simposios en los más



acreditados foros nacionales con destacada presencia andaluza las detectamos en «El Patio» de nuestro querido José Luis Montoya, en la revista «Más allá de la ciencia» o en «Enigmas», dirigida por mi admirado amigo Fernando Jiménez del Oso, que da cuenta de la charla-coloquio convocada por la sociedad «Andrómeda» en el Colegio Oficial de Médicos de Sevilla. No debe extrañarnos, pues Andalucía ha dado y da los más prestigiosos nombres de la ciencia ufológica, y así, al inolvidable recuerdo de Manuel Osuna Llorente se añaden los importantes estudios e iniciativas de Ignacio Darnaude, Vila y Julio Marvizón, autoridades indiscutibles de esta rama del Misterio universal.

No es ninguna broma. Hace varios años, interesado por el problema, me pregunté si en una cantera tan rica en informaciones referidas al siglo XVII como son los «Avisos» de Jerónimo Barrionuevo; hallaría algunas noticias acerca de este fenómeno y encontré varias referencias, a cuál más interesante. Por ejemplo, el 23 de enero de 1657, el inquieto cronista gallego reseña, con un gracioso remate de ironía: «Dícese que a los últimos de noviembre se vieron en París y mediodía cuatro soles. Debían estar borrachos, como siempre, que beben mucho y se les antojaría a cada trago un sol». En diciembre del mismo año Barrionuevo escribe: «En Málaga, a los 27 del pasado, a las nueve de la noche, se abrió una nube negra de donde salió un globo de fuego tan grande como una casa, y llegó corriendo a parar sobre Madrid, donde le vieron muchos». El 19 de junio de 1658

el autor de los «Avisos» informa sobre el típico Ovni de forma alargada: «Jueves 13 de éste, día de San Antonio de

Padua, a las cuatro de la tarde, desde San Isidro se levantó en el aire un nubarrón de fuego, por no decir cometón, como un coche muy grande, y corrió hasta Palacio, donde se paró, a modo de un clavo largo en punta». Y, sobre todo, esta noticia realmente extraordinaria, fe-

chada el 10 de julio de 1656, en la que se describe el «plátillo volante» clásico: «Miércoles 12 de éste, a las once de la noche, se levantó en la media región del aire un globo de fuego, como una rueda grande de carro, y desde el Oriente corrió al Poniente, haciendo una gran cola, escureciendo la luna, y haciendo pareciese un breve espacio ser mediodía».

Relacionados con esta casuística, en el ámbito de nuestra ciudad el incansable y entusiasta José María de Mena, en su «Historia de Sevilla», da cuenta de dos escritos, datados el año 1464, que dan motivo para la sorpresa. Uno es de Alonso de Palencia y otro de Diego Enrique del Castillo, ambos cronistas del Rey Don Enrique IV. Aseguran ambos que «cierto día hubo (en Sevilla) un fenómeno maravilloso y nunca visto. Árboles del Alcázar fueron arrebatados en el aire y sacados de raíz (...). Numerosos arcos de los Caños de Carmona cayeron por tierra, pero sin que el hundimiento súbito produjera ningún ruido. Y personas dignas de crédito y niños inocentes afirmaron haber visto en el aire gentes armadas».

Son algunas noticias de un fenómeno evidente que cada día cobra nuevos adeptos, por más que la cerrazón racionalista se niegue a admitirlos. Pero ahí están los Ovnis, quién sabe si para decirnos que no estamos solos; que nos debemos a un equilibrio cósmico que no podemos poner en peligro con nuestras desatinadas pruebas nucleares, como ejemplo -mal ejemplo- de la tozuda insensatez de los seres humanos.

Manuel BARRIOS